

Experimenta Educación

Innovación ciudadana en la escuela

Marta Malo

Experimenta: ¿otra función pública?

En 2016, coincidiendo con la voluntad expresa del Ayuntamiento de Madrid de promover la cultura de proximidad en los distritos de la ciudad, Medialab Prado lanza el programa de Experimenta Distrito. La primera edición, en el distrito de Villaverde, viene seguida por otra más ambiciosa al año siguiente, desplegada en tres distritos a la vez: Fuencarral, Moratalaz y Retiro. En 2019, se lanza una tercera edición, esta vez en el distrito de Puente de Vallecas y con una temática específica: la salud comunitaria. A lo largo de ese mismo año se hacen otras dos ediciones temáticas: Taxi Experimenta y Laboratorios Bibliotecarios.

De acuerdo con el texto de su primera convocatoria, en el distrito de Villaverde, el programa “Experimenta” propone “habilitar un lugar donde los vecinos y vecinas [...] puedan colaborar en el desarrollo de proyectos que mejoren la vida en común y ayuden a pensar Madrid desde toda la riqueza y la complejidad de sus barrios”. Se trata de probar en los barrios el tipo de experiencias colaborativas que se promueven en Medialab y que están inspiradas en los modos de hacer del *software* libre, los *hacklabs* y los espacios *makers*: unas personas proponen una idea, otras se suman para mejorarla y entre todas se produce un primer prototipo durante un taller intensivo; además, el proceso se documenta y se publica bajo licencias libres para que otras personas puedan probarlo y mejorarlo a su vez. Las ideas no tienen dueño: se comparten y fecundan el acervo común, como semillas la tierra –esta es la lógica.

Dentro del programa, Medialab Prado, en colaboración con diferentes entidades según la ocasión, ofrece un equipo de mediación y coordinación, un grupo de mentores y un pequeño fondo para materiales. También busca el espacio físico y virtual, provee de viandas, ofrece un servicio de cuidado para criaturas y se ocupa de la comunicación. Por su parte, las y los participantes ponen las ideas, el tiempo, las destrezas y la capacidad de colaborar con personas

conocidas y desconocidas.

La propuesta descoloca los términos clásicos de la función pública en el marco del Estado del bienestar. La prestación de servicios y la redistribución de recursos quedan desplazadas, a favor de la generación de un marco de colaboración que, en teoría, cualquier vecino o vecina puede aprovechar –o no.

Personalmente, tuve la suerte de participar de mentora en dos de las ediciones de Experimenta Distrito. Muchos años antes de esta experiencia, había podido empaparme de la *lógica del don* de los primeros *hacklabs* madrileños¹ y me intrigaba sobremanera hasta qué punto algo similar se podía emular desde una institución pública. Pude ver de primera mano la perplejidad que generaba en vecinos y vecinas el desplazamiento que proponía Medialab: *pero ¿cómo? ¿Esto es un programa público pero no nos dan nada?* La posición de la demanda hacia el Estado se activaba como un automatismo, lógico en barrios, como Villaverde o Moratalaz, organizados durante años en torno a aquella lógica y, ahora, golpeados por programas de austeridad, desregulación y privatización que llevan en la ciudad más de dos décadas desmantelando los cimientos del Estado del bienestar.

Esta perplejidad, acompañada por el buen hacer del equipo de mediadoras (énfasis en el femenino)², tenía sus efectos interesantes: invitaba a otro modo de relación con lo público, no desde la demanda en lo discursivo y la delegación en el hacer, sino desde la activación discursiva y práctica: “lo que de aquí salga depende de nosotros/as/es”. No obstante, había un pero: en el juego “libre” de la colaboración orientada a la producción de prototipos, algunas personas (pasadas por la universidad, formadas en las industrias creativas) estaban mejor pertrechadas, nadaban mejor en las aguas creativas, mientras otras se movían con incomodidad, no entendían del todo el sentido, dejaban de venir reclamadas por otras urgencias cotidianas.

La experiencia era demasiado corta, demasiado temporal, para que este diferencial se convirtiera en algo generador de aprendizajes para unas y otras, para que el conocimiento mutuo se tradujera en prácticas de vinculación y cooperación más allá de la experiencia puntualísima de Laboratorio Ciudadano. El telón de fondo de desamortización de lo público y

1 Gracias a Miquel Vidal, Pedro Álvarez (roxu) y, sobre todo, Margarita Padilla, que me permitieron desarrollar, con su paciencia y generosidad, una intimidad crítica con la tecnología en los *hacklabs*.

2 Especial reconocimiento merecen quienes llevaron esta tarea de mediación en los dos Experimenta en los que participé: Alma Orozco, Pedro Rodríguez, Gema Fernández-Blanco y Ana Franco en el caso de Moratalaz e Isabel Ochoa, Laura Alises, Cecilia Montero, Marianna Papapietro y Helena de Almeida en el caso de Puente de Vallecas.

creciente desigualdad social no ayudaba.

Los retos

A finales de 2019, me vi nuevamente involucrada en un Experimenta. En esta ocasión, el equipo de Medialab proponía un reto específico. Había que imaginar una adaptación del programa a partir de dos premisas: que se desarrollase en un centro educativo y que pusiese el acento en los aprendizajes.

Por las venturas de la vida, yo llevaba 5 años colaborando muy activamente en un centro público de difícil desempeño del barrio de El Pozo, organizado como comunidad de aprendizaje, así que conocía de primera mano las dificultades que atraviesa la escuela pública. Durante el curso 2018-2019, había organizado además un conjunto de diálogos con maestras, educadoras y mediadoras ligadas a los movimientos de renovación pedagógica, a la pedagogía crítica y al antirracismo.

Había podido discutir en profundidad con estas personas sobre las tres almas que habitan hoy los centros educativos: el alma disciplinaria, ligada al proyecto de construcción nacional de la modernidad colonial, hoy en crisis; el alma neoliberal, que fagocitaba los lenguajes de la renovación pedagógica y las infraestructuras públicas para proponer competitividad y segregación escolar; y, por último, el alma del compromiso, que, inspirada en lo mejor de los movimientos de renovación pedagógica (y disputando su sentido con lo neoliberal), construía día a día la escuela como comunidad de aprendizaje en el desierto de lo social y en la creciente desamortización del patrimonio público.

Así, al reto planteado por Medialab Prado, se sumaba otro: ¿qué tipo de ajustes podían hacerse al programa de Experimenta Distrito para que, a la par que se incluía en la colaboración la visión de niños y niñas, a la vez que se trastocaba el enfoque disciplinario de lo escolar con la introducción de la experimentación y el ensayo y error de la cultura digital, no se jugara a favor de las dinámicas neoliberales que hacen competir a unos niños con otros y a unos colegios con otros a ver quién es más creativo y excelente? ¿Cómo proponer un marco “libre” de colaboración donde no “gane el mejor”, sino ganemos muchxs, cada cual según su necesidad y según su potencia? ¿Cómo aprovechar el Experimenta para favorecer culturas escolares antisegregadoras, de apertura y compromiso, que se hacen cargo de la creciente vulnerabilidad de la infancia?

El marco que ofrecía Medialab Prado era modesto en tiempo, recursos humanos y presupuesto, pero había escucha, generosidad y apuesta por lo público y eso era ya mucho: desde luego suficiente para aceptar el desafío e intentar algo que mereciera mínimamente la pena.

El programa

Con todo esto sobre la mesa, un grupo de personas de Medialab Prado, Hablarenarte y yo imaginamos un diseño para lo que en adelante llamaríamos Experimenta Educación, con dos patas interrelacionadas: la “convocatoria general” y el “Experimenta en el cole”.

Convocatoria general.

La convocatoria general de Experimenta Educación seguiría la pauta “clásica” de los Experimenta: 1) se lanzaría una convocatoria de ideas y se promovería en el territorio a través de una labor de mediación; 2) se seleccionarían algunas de esas ideas; 3) se abriría una segunda convocatoria, en esta ocasión en busca de personas colaboradoras para las ideas seleccionadas; y 4) se organizarían unos talleres intensivos de producción durante dos fines de semana, en los cuales se crearía conjuntamente todo lo propuesto.

En esta ocasión, la convocatoria general haría hincapié en los aprendizajes: en qué es lo que aprendemos cuando se juntan personas con perfiles y edades diferentes para colaborar en la construcción de proyectos concretos, tanto por el intercambio de saberes como por el aprendizaje que se produce en el proceso de colaboración mismo.

Además, el proceso tendría dos anclajes territoriales. Por un lado, la Asociación Cultural La Kalle, una entidad de largo recorrido en el distrito de Puente de Vallecas, ligada a la tradición asociativa vallecana de educación de calle y pionera en llevar la cultura digital y *maker* a los barrios de Madrid.

El otro anclaje sería el único instituto público de Entrevías, el barrio más castigado desde el punto de vista socioeconómico de toda la capital. Se trata de un instituto durante mucho tiempo estigmatizado y guetizado, que, sin embargo, gracias a la implicación, creatividad y compromiso de su equipo, está consiguiendo empezar a revertir su situación. Con la celebración del Experimenta Educación en su sede, de manera temporal, el capital simbólico de Medialab Prado podría dar reconocimiento y realce al instituto en el contexto del distrito, al mismo tiempo que el instituto podría explorar temporalmente una noción expandida de comunidad educativa de

la que muchas personas (y no solo maestros y alumnos) serían parte.

Experimenta en el cole.

El dispositivo de “Experimenta en el cole”, inicialmente bautizado como “MiniExperimenta”, funcionaría de interfaz entre el proceso de construcción colaborativa desde vecinos y vecinas y la vida escolar de niños y niñas, para generar puntos de contacto y de intersección entre el Laboratorio ciudadano general y los centros escolares, permitiendo afectaciones y descolocamientos recíprocos, a la vez que se ponían en valor centros educativos públicos.

A través de una convocatoria específica, se involucraría a maestros y maestras de tres colegios de primaria, junto con dos profesoras del instituto, para que hicieran de su aula un laboratorio ciudadano. Un equipo formado por una maestra especializada en formación en metodologías activas, dos mediadoras, una coordinadora y dos mentores acompañarían el proceso, que incluiría trabajo con asociaciones del entorno cercano a los colegios y al instituto, visitas al espacio de fabricación digital de la Asociación La Kalle y un cierre común en el instituto, donde se cruzarían con la convocatoria general.

Con esta convocatoria *ad-hoc* las aulas se abrirían a su entorno, vinculando a niños y niñas a lo que les rodea, estimulando el descubrimiento de sus características, peculiaridades y potencialidades, así como la conciencia de su propia capacidad de mejorar y cambiar las cosas. Se multiplicarían las interacciones que se dan en horario escolar, enriqueciendo los mundos de vida e imaginarios de niños y niñas de todos los grupos sociales, a la par que estos encontrarían un lugar donde, lo que proponen, se escucha y valora. Los maestros y maestras, por su parte, se conectarían entre sí y trabajarían, durante casi tres meses, en estrecha colaboración, familiarizándose con la metodología de experimentación y creación colectiva, a la vez que comparten sus dificultades y encuentran acompañamiento en su difícil labor cotidiana.

Colaboración y vulnerabilidad. O qué puede lo público hoy

El programa arrancó en enero con varias dificultades administrativas y presupuestarias. No obstante, la convocatoria de “Experimenta en el cole”, lanzada a principios del mes pasado, tuvo buena acogida entre los colegios, con cinco centros presentados, de los que se seleccionaron tres.

Es demasiado pronto para hacer ningún tipo de valoración del programa. Los retos son

grandes y el proyecto modesto en sus recursos y en su alcance.

En el centro de la apuesta no solo está la pregunta por lo que sucede al abrir un laboratorio ciudadano en un centro educativo, sino el dilema mismo de la función pública hoy: en tiempos de creciente desigualdad y fractura social, ¿podemos imaginar una función pública que favorezca el vínculo social, en lugar de suplantar y/o quebrarlo, que abra y sostenga marcos para la libre colaboración, inspirados en las prefiguraciones del procomún ensayadas desde el *software* libre y la cultura digital, a la vez que cuida la vulnerabilidad y compensa la desigualdad? ¿O son acaso estos términos incompatibles?